

Del teohuéhuatl el eco inexorable
Que á la soberbia tempestad imita,
Llenando los espacios implacable
Al pueblo lidiador de nuevo irrita.
Cual suele la avalancha formidable
Que de abrupto peñon se precipita
Ensancharse al rodar, de igual manera
Crece el pueblo en su rápida carrera.

Y así como destruye lo que toca
La avalancha que sigue hasta el abismo,
Así el pueblo, con ansia fiera y loca,
Quebranta á la legion del despotismo.
La mexicana grey, á quien provoca
Para lidiar la voz del patriotismo,
A la batalla desigual se lanza
En pos, más que de gloria, de venganza.

Siembra el pavor el tétrico instrumento
En las audaces filas extranjeras,
Que perdiendo el valor y atrevimiento,
Del sitio del combate huyen ligeras.
En vano Hernan Cortés el ardimiento
Pretende que renazca en las guerreras
Legiones con el toque belicoso
Del clarin que resuena poderoso.

Confusa, atropellándose la gente
Para salvarse del peligro horrendo,
Junta se precipita sobre el puente,
Que al peso cede con terrible estruendo.
Entónces ¡ay! los hombres raudamente
En el canal revueltos van cayendo,
Y por sus propias armas amagados
Perecen entre angustias los soldados.

Acuden sin cesar los defensores
A la batalla en masa confundidos,
Y con gritos de guerra atronadores
Retan á sus contrarios sorprendidos.
Cercados por doquier los invasores
Tendrán que sucumbir, y decididos
Los jefes á entregar cara su vida,
Se aprestan á la lucha tan temida.

Gonzalo Sandoval lidia esforzado
Contra diez enemigos altaneros,
Y con su férreo escudo resguardado
Pára los golpes rudos y certeros.
Su escuadron, en tal riesgo, apresurado
A socorrerlo acude, y los aceros
Blandiendo á la sazón con osadía,
La batalla renuevan á porfía.

Al frente de la tropa mexicana
 Que al atrevido Sandoval acosa,
 Un azteca de fuerza sobrehumana
 Dirige la refriega valerosa.
 Su diestra mano esgrime la macana,
 Que al dar en el acero poderosa,
 Rompe la vestidura del contrario
 Que resiste su golpe temerario.

Deshecha por los golpes la celada
 Del yelmo que á Gonzalo defendiera,
 Aparece su faz ensangrentada,
 Aunque llena de arrojo y altanera.
 Al formidable impulso de su espada,
 Que como el rayo da muerte ligera,
 Sin cesar van cayendo los soldados
 Que á tal jefe agredieron esforzados.

Alvarado tambien en la pelea,
 Afrontando el peligro, se defiende
 Con valor; atrevido forcejea
 Con un contrario atleta que le ofende.
 En su mirada la ira centellea
 Cuando animoso en su redor la tiende,
 Y oponiendo á los riesgos su energía,
 Vencer al fin su corazon confia.

El bravo atleta, Tzilacátl se llama:
 Es su veste la piel de una pantera;
 El rencor de sus ojos se derrama
 Al ver del enemigo la bandera.
 Al distinguir al español, exclama
 Con ronca voz á la que el odio altera:
 "¡Tonatiuh! ¡Tonatiuh!" y osadamente
 Del feroz Alvarado llega al frente.

Blande el Hijo del Sol la férrea espada
 Y altivo espera al enemigo fuerte,
 Que con la tosca mano desarmada
 Puede dar á Alvarado pronta muerte.
 Como la tigre, viéndose acosada,
 Se arroja á su enemigo, de igual suerte
 El valeroso Alcides mexicano
 Con rapidez se arroja al castellano.

Entáblase una lucha valerosa
 Entre los dos soberbios campeones:
 El español, con fuerza prodigiosa
 Rechaza sin cesar las agresiones.
 En esa lid terrible y espantosa,
 Que semeja un combate de leones,
 El hierro cruje haciéndose pedazos
 Sólo al poder de los hercúleos brazos.

La tenaz agresion no desconcierta
 Ni debilita al español valiente,
 Que á dominar á su enemigo acierta
 Asiéndolo con mano prepotente.
 Más fiera en Tzilacátl la ansia despierta
 De vencer á Alvarado, y de repente,
 Prorumpiendo en horrisono alarido,
 La libertad recobra decidido.

Aprovecha Alvarado el breve instante
 De tregua que lograra, y con presura
 Marcha con el acero hácia el gigante,
 Que nueva lucha comenzar procura.
 El castellano, altivo y arrogante,
 Provoca del azteca la bravura,
 Y éste levanta el brazo poderoso
 Obediente á su instinto rencoroso.

De nuevo Tzilacátl se precipita
 Sobre el aborrecido caballero,
 Pero éste el golpe formidable evita
 Y hiere al mexicano con su acero.
 Entónces Alvarado, á quien excita
 A combatir el ansia de guerrero,
 En busca va de su dispersa gente
 Y en la espantosa lid entra valiente.

En las cercanas calles los soldados
 Sostienen con ardor recia batalla;
 Pero por todas partes acosados
 Salvar no pueden la invencible valla.
 A su jefe distinguen, y agitados
 Cobran nuevo valor miéntras estalla
 En sus valientes pechos la vehemencia,
 Del feroz Alvarado á la presencia.

Con la espada mandobles repartiendo
 Para romper la valla irresistible,
 El español, la multitud hendiendo,
 A los suyos acércase terrible.
 Despues, á sus soldados dirigiendo
 Con su ejemplo, que raya en lo imposible,
 Intenta ejecutar la retirada,
 De Petlacalco entrando á la calzada.

De **Cuauhtemoc** el caracol guerrero
 Resuena sin cesar; el soberano
 Recorriendo los puntos va ligero
 Para animar al pueblo mexicano.
 Tambien en el combate carnicero
 La muerte manda su certera mano,
 Al arrojar la flecha poderosa
 Para ofender á la invasion odiosa.

Y por doquiera el pueblo entusiasmado
 Combate al enemigo con porfía;
 No deja de luchar ningun soldado
 Con temerario arrojo y osadía.
 Los inocentes niños, al sagrado
 Ejemplo de tan alta bizarría,
 De guijarros proveen á los honderos
 Y las flechas les dan á los arqueros.

Las mujeres tambien desde la altura
 Ayudan de la patria á la defensa,
 Mandando al invasor muerte segura
 Con su incesante, varonil ofensa.
 Por todas partes sin igual bravura
 Agita al pueblo en la ciudad extensa.
 Y en todo sér entusiasmado late
 Un corazon sediento de combate.

Cortés en la inaccion no permanece
 Miéntas dura batalla tan sangrienta;
 El teohuéhuatl escucha, y se estremece
 Al ronco són que aturde y amedrenta.
 En el riesgo su mente resplandece,
 Y á la brillante luz se le presenta
 El sitio más temible y peligroso,
 Y acude á él valiente y presuroso.

El inminente riesgo comprendiendo
 Cortés, á su caballo aguijonea,
 Y reveses y tajos repartiendo,
 Entra con fiero ardor en la pelea.
 El pueblo, á Hernan Cortés reconociendo,
 Con febril regocijo clamorea,
 Y expresando en sus gritos la venganza,
 Al jefe aborrecido se abalanza.

Con vigoroso puño un mexicano
 Arrebata la brida al caballero,
 Miéntas descarga su siniestra mano
 Un golpe en la coraza del guerrero.
 Lánzase á tierra el fiero castellano,
 Que listo tiene el matador acero,
 Y con pujante y animoso brío
 Él solo ataca al lidiador gentío.

Conmovedora y admirable escena
 Ejecuta el intrépido soldado:
 Tranquilo el corazon, la faz serena,
 Se defiende valiente y esforzado.
 "¡El Malinche!" "¡El Malinche!" tal resuena
 La voz del pueblo que combate airado,
 Y hallándose en la lucha unido y fuerte,
 Prorumpo en gritos de implacable muerte.

Pero el peligro al capitán no aterra,
 Como á la encina el aquilón no abate,
 Y de cada mandoble arroja en tierra
 A un enemigo fuera de combate.
 Se abre de pronto el cerco que lo encierra,
 Y con violento aterrador embate
 Seis mexicanos llegan al guerrero
 Y le acometen con impulso fiero.

Del español no cede la bravura
 Al verse acometido de esa suerte;
 Esquivar la agresión listo procura,
 Y á dos de sus contrarios da la muerte.
 Con rapidez entonces asegura
 Su diestra armada, destructora y fuerte,
 Otro de los valientes mexicanos
 Que le doma al impulso de sus manos.

A su ejemplo los otros se abalanzan
 Al caudillo español, y con presteza
 En sus robustos brazos le afianzan
 Quebrantando su osada fortaleza.
 Cuando vencido á contemplarlo alcanzan,
 A trasladarlo van con ligereza
 Del dios Huitzilopochtli al edificio,
 Para entregarlo al cruento sacrificio.

Y todos en tropel, entusiasmados
 Se dirigen en rápida carrera
 Al templo, y con sus gritos esforzados
 Expresan el placer que les altera.
 En tal sazón, acuden los soldados
 De la hueste enemiga y extranjera,
 Para salvar al jefe valeroso
 De ese peligro rudo y espantoso.

Lanza en ristre un jinete se adelanta
 Por entre el pueblo que camina unido,
 Y veloz atraviesa la garganta
 De quien al capitán conserva asido.
 Al mismo tiempo otro español levanta
 Con firmeza el acero tan temido,
 Y corta con un tajo las dos manos
 De otro de los robustos mexicanos.

Libre Cortés de aquel irresistible
 Poder que le retuvo prisionero,
 A nueva lid preparase terrible
 Empuñando su diestra el fuerte acero.
 Sus hombres, con presteza indescriptible,
 Salvarlo intentan del peligro fiero,
 Y cuando en breve á protegerlo alcanzan,
 Con él á Xóloc rápidos se lanzan.

El mexicano pueblo entusiasmado
 Al caudillo de Anáhuac enaltece;
 En andas **Cuauhtemoc** es colocado
 Y regio culto la ciudad le ofrece.
 Al celebrar el triunfo conquistado
 En los valientes pechos la ira crece,
 Y por doquier la multitud unida
 A los cautivos quítales la vida.

En astas las cabezas colocando
 De los aborrecidos prisioneros,
 Van por calles y plazas paseando
 Los de Tenochtitlan bravos guerreros.
 Algunos, á la línea penetrando
 De Alvarado, prurumpen altaneros:
 "¡Malinche!" "¡Sandoval!" y al par que gritan,
 El sangriento despojo en alto agitan.

Y se acercan tambien á los cuarteles
 De Hernan Cortés, y con tenaz porfia
 Las cabezas mostrando, alzan crueles
 Multiplicados gritos de alegría.
 De los jefes llevando los corceles
 Que arrebató del pueblo la osadía,
 Para aterrorizar á los soldados,
 "¡Tonatiuh!" "¡Sandoval!" claman airados.

El regocijo público se aumenta
 Alzándose los cantos de victoria
 En toda la ciudad, que altiva ostenta
 Su heroicidad legítima y notoria.
 La nacion, orgullosa representa
 A **Cuauhtemoc** cual genio de la gloria,
 Que en Anáhuac adquiere por su brillo
 El renombre de indómito caudillo.

FIN DEL CANTO OCTAVO.